

JESÚS VALBUENA GARCÍA

Prólogo de INMA CHACÓN



MÁS SE PERDIÓ EN FILIPINAS

LA ÉPICA RESISTENCIA
DE LOS HÉROES DE BALER

El viaje de retorno a la remota iglesia en Luzón en la que el último destacamento del Imperio «donde no se pone el sol» sobrevivió al asedio militar más duradero y paradójico de la historia moderna.



Jesús Valbuena García

Más se perdió en Filipinas

La épica resistencia de
los héroes de Baler

Prólogo de Inma Chacón



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., 2021

© Prólogo: Inma Chacón

© Infografías: Rubén Serna Santos, Alejandro Benavente y Jorge Hernández

© Imagen de cubierta: la iglesia de Baler en *Under the red and gold: being notes and recollections of the siege of Baler*, de Saturnino Martín Cerezo, traducción al inglés de Frank Loring Dodds, 1909. Wikimedia Commons.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 93

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-083-3

Depósito Legal: M-26807-2021

Printed in Spain

Este libro posee el certificado de procedencia forestal ambientalmente responsable, de acuerdo con el artículo 7.2 de la Ley 10/2007 de la lectura, del libro y de las bibliotecas



Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Prólogo. <i>Los últimos de Filipinas</i> , un título para un mito	9
Preámbulo del autor	17
CAPÍTULO I. ANTECEDENTES.....	23
CAPÍTULO II. COMIENZA EL ASEDIO DE BALER	67
CAPÍTULO III. EL ÚLTIMO ESTERTOR DEL IMPERIO	105
CAPÍTULO IV. PELEANDO HASTA MORIR.....	159
CAPÍTULO V. EL DECRETO DE AGUINALDO.....	213
CAPÍTULO VI. LA VIDA DESPUÉS DE BALER.....	245
EPÍLOGO. SIEMPRE NOS QUEDARÁ BALER.....	273
Agradecimientos.....	285
Bibliografía.....	287
ANEXO I. INFOGRAFÍAS.....	289

ANEXO II. IMÁGENES 299

ANEXO III. TEXTO MANUSCRITO
DEL SOLDADO BUADES 317

A la memoria del cabo García Quijano, el bisabuelo
Chus, y de sus admirables compañeros de armas;

A María, nieta de Chus, por habernos
inculcado los valores universales de Baler;

A Adrián, David y Raquel, tataranietos de Chus,
con la esperanza de que el legado de Baler sea
heredado por las generaciones venideras.

PRÓLOGO

LOS ÚLTIMOS DE FILIPINAS, UN TÍTULO PARA UN MITO

El día 28 de diciembre de 1945 se estrenaba en España una película que resulta inevitable recordar cuando se aborda la temática de la presente publicación. La cinta, dirigida por el cineasta gallego Antonio Fernández-Román García de Quevedo, conocido como Antonio Román, trataba sobre el destacamento que arrió la última bandera española que ondeó en las islas Filipinas, tras cuatro siglos de colonialismo.

Hacía casi un año que el destacamento de Cazadores nº 2, al que pertenecía el bisabuelo de Jesús Valbuena García, autor de este libro, había izado la bandera española en la torre de la iglesia de Baler, al norte de la isla de Luzón, donde la guarnición resistió un asedio de once meses, sin saber que España se había retirado de todas sus posiciones y había vendido el archipiélago filipino a los Estados Unidos por veinte millones de dólares.

Antonio Román tituló su largometraje como *Los últimos de Filipinas*, un apelativo que, en sí mismo, se transformaría enseguida en un mito que forma parte indiscutible de nuestro patrimonio cultural y que, como señala Jesús Valbuena, se ha utilizado como bandera de diferentes ideologías.

Los últimos de Filipinas se convirtieron en el paradigma del valor, el patriotismo, la fe católica y el sentido del deber y de obediencia promovido por los vencedores de la guerra civil española, valores nacionalcatólicos representados en la película por un

puñado de militares tozudos, aislados en una aldea situada entre la selva y el mar, a doscientos kilómetros de Manila.

Años atrás, el cineasta había colaborado con Franco en el guion de *Raza*, dirigida por José Luis Sáenz de Heredia y estrenada en 1941 para mayor gloria del ideario impuesto en España por la dictadura. Años de la inmediata posguerra, cuando la propaganda triunfalista chocaba contra las voces que aún se levantaban desde el exterior, para condenar a un gobierno dictatorial, nacido del golpe de Estado que provocó la guerra civil.

La película de Antonio Román se consideró como una metáfora del aislamiento que sufrió la España franquista tras la caída del fascismo y el nazismo en Europa, y rescató del olvido unos episodios históricos que, en su día, tal y como demuestra Jesús Valbuena en estas páginas, tuvieron tantas luces como sombras.

Para los detractores del destacamento sitiado en Baler, la traición y la megalomanía habían sido factores decisivos para que el asedio se hubiera prolongado más allá de lo impensable. Para sus defensores, la valentía, la abnegación, el amor a la patria y la sujeción a las ordenanzas se habían impuesto sobre las balas, el hambre, el beriberi, el escorbuto y la muerte de los compañeros.

Villanos para unos y, para otros, auténticos héroes que protagonizaron una gesta reconocida con honores por el mismo ejército que los mantuvo sitiados durante casi un año, «los héroes de Baler», un nombre por el que se les conoció hasta que la película de Antonio Román recuperó su hazaña y les dio el nombre por el que pasarían a la Historia.

Los últimos de Filipinas no solo se convirtió en un ejemplo de cine patriótico, católico, imperialista y militarista, sino que tuvo la capacidad de instalarse en la memoria colectiva como la representación de un hito histórico incuestionable, donde la ficción se colocaba únicamente al servicio de la narración audiovisual, sin más licencias literarias que las que precisaba la verosimilitud del discurso cinematográfico.

A partir de entonces, «los héroes de Baler» pasaron a ser para la mayoría de los españoles de la época y para las generaciones posteriores inmediatas, «los últimos de Filipinas».

Sería interesante saber cuántos españoles conocían al destacamento de Cazadores nº 2 como «los héroes de Baler», antes del estreno de la película de Román, y cuántos los identificaron, durante las dos o tres décadas siguientes, como «los últimos de Filipinas».

Por supuesto, resulta imposible establecer una comparación estadística, no existen datos y no es posible obtenerlos ahora, pero me atrevería a decir, sin temor a equivocarme, que en muy pocos hogares de los años 30 se habría hablado del tema alguna vez, a menos que hubiera estado implicado algún miembro de la familia, como en la del autor de este libro, en cuyo caso, probablemente se hablaría de «los héroes de Baler».

Sin embargo, también me atrevería a decir sin temor a equivocarme que, gracias a la película, para la mayoría de los españoles de la segunda mitad de los años 40, de los años 50, y 60, e incluso de los primeros 70, «los últimos de Filipinas» representaba un concepto perfectamente reconocible que, probablemente, muy pocos hubieran identificado con el apelativo de «los héroes de Baler».

Y no solo el título ha pasado a formar parte incuestionable de nuestro patrimonio cultural, la banda sonora incluye una canción cuyo título, íntimamente ligado al de la película, también se ha convertido en un referente sobre la defensa de la iglesia de Baler. *Yo te diré* y *Los últimos de Filipinas*, constituyen un binomio indisoluble que alimenta un mito cargado de sentimientos, de enigmas y de rumores.

«Yo te diré/por qué mi canción/te siente sin cesar/me faltan tus risas/me faltan tus besos/me falta tu despertar./ Yo te diré/por qué mi canción/te siente sin cesar/mi sangre latiendo/mi vida pidiendo/que no te alejes más».

La canción, una maravillosa habanera —cuyas notas confiesa haber tarareado Jesús Valbuena en su regreso a Baler para reencontrarse con la historia de su bisabuelo—, ha sido versionada por grandes voces del panorama musical español, desde el estreno de la

película de Antonio Román hasta la actualidad. Una de ellas, la de Luis Eduardo Aute, emociona y conmueve en el documental *Regreso a Baler*, dirigido por el autor de este libro con el mismo rigor, el mismo respeto por los hechos históricos y el mismo cariño con el que ha escrito las páginas que componen esta publicación.

El tema, con letra de Enrique Llovet y música de Jorge Halpern, lo interpretaba en la película la actriz Nani Fernández, a quien muchos atribuyen la voz, cuando en realidad le pertenecía a la cantante María Teresa Valcárcel, bastante popular en su época, pero de la que ha llegado a nuestros días muy poca información.

La película se realizó con todo el apoyo propagandístico y financiero del régimen franquista, y contó con uno de los mejores directores de fotografía del cine español de todos los tiempos. Curiosamente, un judío austríaco, Heinrich Gärtner, que huyó de la Alemania de Hitler y españolizó su nombre a Enrique Guerner, para salvarse de la persecución nazi que le obligó a refugiarse en Portugal durante un tiempo.

Hubo otras películas que gozaron de los mismos apoyos, y donde intervinieron los mismos cineastas y equipos técnicos, pero no consiguieron pasar a la historia del cine con la rotundidad de *Los últimos de Filipinas* y, mucho menos, que su título se convirtiera en un referente, no solo cinematográfico, sino musical, social e historiográfico, como sucedió con esta cinta.

Y es que uno de los grandes méritos de la película se cifra precisamente en su título, que consiguió desbancar al apelativo de «los héroes de Baler», los únicos militares desplazados al archipiélago filipino que no supieron que debían rendirse, porque como señala Jesús Valbuena, nadie les envió un comunicado oficial para informarles sobre un tratado, firmado a 10.600 kilómetros de su posición, que ponía fin al «imperio donde no se ponía el sol».

Con el Tratado de París terminaban cuatro siglos de colonialismo en las islas Filipinas. Ironías de la historia, que siempre parece buscar cerrar un círculo. La última bandera del Imperio español se arriaba en el mismo lugar que bautizó Ruy López de Villalobos con

el nombre del rey con quien el imperio llegó a su máximo apogeo, Felipe II, y con quien también comenzó su progresivo hundimiento.

El Tratado de París propició los acontecimientos que se instalarían en el imaginario colectivo con el título que eligió Román para contar la historia del destacamento de Cazadores nº2 en la iglesia de Baler. Un título que no solo representa a una película, sino a todas y cada una de las referencias asociadas al acontecimiento histórico que narra: las connotaciones políticas, sociales y culturales, tanto de su época como la de la época en que se hizo y se proyectó la película, o de la actual; las connotaciones familiares, porque existe una cantidad enorme de personas cuyos antepasados, por una u otra razón, recalaron en las islas del Pacífico durante la colonización española, y se sienten identificados con los últimos que salieron de allí; las connotaciones relacionadas con la justicia que se les debe todavía a los protagonistas, con la memoria histórica que reclaman sus descendientes; con los recuerdos transmitidos de generación en generación, incluso con los silencios, como describe Jesús Valbuena en este libro, o con las tumbas donde descansan sus cuerpos.

Siete décadas más tarde del estreno de la película de Román, otro cineasta, Salvador Calvo, relataría los hechos desde una perspectiva bien distinta al del director gallego, y dirigiría una película donde se haría eco de la leyenda negra que acompañó al destacamento a su vuelta a la península. *1898. Los últimos de Filipinas*, estrenada en 2016, según palabras de su director, es una película antibelicista, que intenta describir un hecho histórico centrándose en la parte humana de sus protagonistas, huyendo de los nacionalismos extremos, porque «muchas veces se enmascaran con banderas, con patrias o con honor cosas que a lo mejor tienen razones económicas».

La película recibió críticas de diversa índole y, según palabras de Jesús Valbuena, «generó un intenso debate ideológico por las acusaciones de tergiversar los hechos y manipular un episodio épico». Además, señala Valbuena, los descendientes de los héroes de Baler «ven con profundo desagrado cualquier

instrumentalización partidista de una gesta que forma parte de la Historia universal».

Sin embargo, al margen de las consideraciones que detalla el autor de este libro, antes de su estreno, pocos jóvenes conocían la historia de este grupo de hombres. Y, aunque no he realizado un análisis estadístico, también afirmaré, sin temor a equivocarme, que el resultado mostraría que la mayoría de las generaciones nacidas en la década de los años 80 del siglo XX, y en las décadas posteriores, desconoce la existencia de «los últimos de Filipinas», salvo por las pinceladas que muestran algunos libros de Historia y, muchos de ellos, por la película de Salvador Calvo.

Es decir, la película de Calvo también ha servido para traer al presente unos hechos que jamás deberían olvidarse y, curiosamente, con el mismo título que le dio Román a la suya, aunque la haya enfocado desde otro punto de vista.

Dos miradas diferentes, casi contrarias, que, por sí solas, no pueden reflejar lo que sucedió en Baler. Pero, aunque antagónicas, las dos han facilitado que se hable de aquellos militares atrapados en una pequeña iglesia, a miles de kilómetros de sus casas, alimentando el mito y la leyenda negra en que se convertiría su historia.

Héroes o traidores, valientes o cobardes, patriotas o renegados. Toda una serie de apelativos y calificativos contrapuestos que los supervivientes de Baler escucharon al regresar a España, y que sus descendientes han continuado escuchando década tras década, en una suerte de relato bipolar manipulado por unos y por otros, para ajustarlo a un ideario y a su opuesto.

Jesús Valbuena, cuando era un niño, escuchó hablar sobre su bisabuelo en la casa de sus abuelos del pueblo, sin saber que las batallitas que le contaban formaban parte de una historia sorprendente, la de un grupo de militares que se rindieron ante su enemigo y este, en lugar de humillarlos, les rindió honores militares, presentándoles sus armas mientras salían de la iglesia donde los habían hostigado durante casi un año.

El autor de este libro ha realizado una investigación exhaustiva sobre los hechos ocurridos en aquella iglesia para intentar que se

conozca la historia con todos sus matices. Ni mitos ni leyendas negras, ni luces ni sombras, ni héroes ni traidores, sino hombres a los que les tocó vivir un infierno en una España donde los que tenían recursos económicos podían librarse del fuego.

Jesús Valbuena ha escrito un libro extraordinario, perfectamente documentado, con una profundidad de análisis que demuestra su vasto conocimiento del tema y su gran admiración por los protagonistas de la historia que narra. Un libro novedoso, donde toman la palabra los vencedores y los vencidos, los defensores y los detractores, los que vivieron los hechos, los que los conocieron de primera mano, los que lo han investigado y los descendientes que luchan para que no se pierda su memoria. Un libro con una estructura y unas referencias bibliográficas que le otorgan un valor testimonial incalculable, entre los que destaca el rigor en la búsqueda de las fuentes y el profundo calado de la investigación.

Un libro que engancha desde la primera página, ameno y respetuoso con los hechos, que más que como un libro de Historia, se lee como un libro de intrahistorias, una serie de relatos familiares como los que le contaban a él de pequeño.

Inma Chacón

PREÁMBULO DEL AUTOR

Al calor de la lumbre en la casa de los abuelos, construida de adobe como casi todas en las aldeas de la bella y desconocida montaña palentina, tuve conocimiento por primera vez —siendo apenas un niño— de que el bisabuelo Chus, abuelo paterno de mi madre, fue uno de los *últimos de Filipinas*. Recuerdo vagamente que, cuando en la familia se hablaba del tema, la charla solía concluir en un lamento compartido sobre su anonimato y la injusticia histórica de que Chus y sus compañeros de armas hubiesen sido postergados a un rincón del olvido. ¿Por qué nadie conocía la increíble historia de aquellos hombres?, ¿por qué el bisabuelo Chus estaba enterrado en una humilde tumba del camposanto de Viduerna de la Peña, más propia de un soldado desconocido que de un héroe de España? Me hacía estas y otras preguntas con la ingenuidad con la que un niño se acerca a un relato «llamado a desaparecer» en el caudaloso río de la Historia de no haber pervivido, de generación en generación, como una «batallita del bisabuelo» reservada casi exclusivamente a la intimidad familiar.

«Se calzaban solo para salir de la iglesia cuando los filipinos les insistían, a diario, para que se rindieran de una vez...», afirmaba alguien junto a la lumbre, disimulando el orgullo que todos sentíamos por Chus y por todo el destacamento de Cazadores nº 2. Cegados por el hambre, las enfermedades y las continuas amenazas de los rebeldes katipuneros, se negaron a creer que el ocaso definitivo del Imperio donde no se ponía el sol tuviera lugar ante

sus ojos, después de varios siglos, en aquella remota iglesia de San Luis Obispo, al noreste de la isla de Luzón, justo al otro lado del mundo visto desde la (también remota) Peña palentina.

Superada su agónica aventura hacia la sinrazón tras 337 días y noches de encierro en la iglesia convertida en un fuerte, en unas condiciones infrahumanas, los 33 famélicos soldados, junto a los 2 frailes supervivientes, entregaron al fin la plaza el 2 de junio de 1899. Salieron por la puerta principal y por su propio pie, atemorizados ante las posibles represalias de los katipuneros, pero con la cabeza bien erguida. Desde el otro lado de las trincheras tagalas, escucharon cómo los balereños, emocionados, les gritaban «¡amigos, amigos!». Tres semanas después, el propio líder revolucionario filipino, Emilio Aguinaldo, firmó un salvoconducto para que pudieran llegar a Manila y regresar a España, reconociendo sin ambages «el valor, la constancia y el heroísmo» por el que aquel puñado de hombres no debían ser «considerados como prisioneros de guerra», sino por el contrario, «como dignos herederos del legendario valor del Cid y de Pelayo».

Tras su llegada al puerto de Barcelona en el vapor Alicante el 1 de septiembre de 1899, los héroes de Baler ya no volverían a reunirse en vida. Su epopeya ha llegado hasta nuestros días gracias, principalmente, al libro de memorias que el último jefe del destacamento, el teniente Saturnino Martín Cerezo, publicó en 1904: *El Sitio de Baler. Notas y recuerdos* y, cómo no, a través de la película *Los últimos de Filipinas*, un clásico del cine español que popularizó la gesta tras el estreno, como documento de interés nacional, a finales de 1945. José Martínez Ruiz, «Azorín», dejó escrito entonces que el asedio de Baler constituye «la página más brillante que desde Numancia, sí, desde Numancia, ha escrito el heroísmo español».

Sin embargo, el restringido conocimiento que existe en España en la actualidad sobre esta epopeya se encuentra desafortunadamente condicionado por dos visiones ideológicas contrapuestas: la que se acerca a ella buscando la exaltación patriótica y la que la observa desde un prisma «antiimperial y anticolonialista». El

presente libro surge de la inquietud de poner delante del lector de nuestro tiempo, en primer lugar, los hechos reales acaecidos en la lejana población de Baler entre 1898 y 1899, tal y como fueron narrados por los propios protagonistas, la prensa y los distintos testimonios procedentes de la época, pero también a través de los relatos y recuerdos de varios descendientes tanto de nuestros héroes como de los balereños que participaron, desde el bando contrario, en aquellos acontecimientos. En segundo lugar, el libro pretende compartir un testimonio sobre las vivencias personales en torno a unos hechos que, si bien ocurrieron a finales del siglo XIX, continúan curiosamente desarrollándose en el tiempo presente, en forma de celebraciones de fraternidad y emocionadas reivindicaciones de sus descendientes, españoles y filipinos por igual.

El origen de este texto se retrotrae al año 1994 cuando, cumplidos los 23 años, la misma edad con la que el cabo García Quijano realizó su viaje particular al corazón de las tinieblas, me aventuré a conocer Baler tras el rastro del bisabuelo Chus. Desde aquellas primeras referencias a Filipinas durante la infancia, siempre había mantenido vivo el interés por *regresar a Baler*, una evocación sentida sin cesar, parafraseando la imperecedera habanera *Yo te diré* de la película de Antonio Román. En aquellos años, Baler era una población bastante inaccesible, a través de un camino sin asfaltar que serpenteaba a través de las selváticas montañas de la Sierra Madre. Al llegar allí, estuve preguntando por el histórico asedio al párroco, a los profesores del colegio Mount Carmel, anexo a la iglesia, al personal del Ayuntamiento, ubicado donde un siglo antes se encontraba la Comandancia, pero nadie en Baler parecía dar cuenta ni saber nada del asedio. Su único rastro consistía en una placa en la fachada de la iglesia que, sucintamente, describe en inglés lo ocurrido entre sus paredes. ¿Por qué aquellos hechos habían sido enterrados bajo un manto de desidia y olvido también en las Filipinas?

Con el paso de los años fui profundizando en el estudio de la historia del asedio de Baler. En 1998, durante el centenario de la gesta, conocí a varios descendientes y constaté el profundo anhelo

que compartíamos por hacer justicia a nuestros antepasados. Cinco años después, participé en Baler en la primera celebración del Día de la Amistad Hispanofilipina y comprobé que ese mismo sentimiento era compartido, a su vez, por los descendientes de varios katipuneros que protagonizaron el asedio desde la trinchera filipina. En 2004, realicé varias entrevistas para el guion del reportaje *Los hijos de Baler*, emitido en TVE, sobre el empeño contra el olvido de las familias de los héroes de Baler. Con la intención de documentar, también, la perspectiva filipina de los hechos, comencé entonces el trabajo de campo para el documental *Los últimos de Filipinas. Regreso a Baler*, rodado principalmente en Filipinas a partir de las entrevistas con descendientes de los sitiadores, los nietos del presidente Emilio Aguinaldo y el senador balereño Edgardo Angara, principal promotor de la Ley de Amistad entre España y Filipinas, y narrado por el cantautor Luis Eduardo Aute, con quien tuve el honor de conversar, largo y tendido, sobre nuestra querida Manila, en la que él nació y vivió su primera infancia.

En el documental —disponible en <https://vimeo.com/onde-mand/ultimosdefilipinas> y a través del blog www.baleria.com— participaron también algunos descendientes españoles durante el primer homenaje colectivo a los héroes de Baler, celebrado en 2005 en la Casa Asia de Barcelona con el entonces ministro de Defensa, José Bono, y varios alcaldes de sus pueblos de procedencia. Bernardo Buades, nieto del soldado valenciano Ramón Buades, habló aquel día del manuscrito inédito que escribió su abuelo sobre el asedio —reproducido íntegramente como anexo— poco después de regresar a Carlet. «Todavía tenía miedo de que les hicieran un consejo de guerra», explicaba Bernardo al resto de emocionados descendientes.

Este relato es el fruto de las conversaciones que, desde entonces, vengo manteniendo con los herederos de Baler, españoles y filipinos, algunos de cuyos testimonios están incluidos a lo largo del texto. Unos y otros compartimos la curiosidad de quienes una vez nos acercamos a la historia del asedio y ya, nunca más, hemos podido dejar de hacerlo.

Si bien el cine, la literatura y el periodismo en España se han centrado únicamente en la perspectiva del asedio desde el interior de la iglesia, es decir, desde la mirada de los sitiados, en esta ocasión he querido abordar la revisión de estos hechos «con los ojos nuevos de un niño», como aconsejaba mi maestro Manu Leguineche, quien en 1998 publicó el libro *Yo te diré*. Siguiendo modestamente su ejemplo, resulta imprescindible incorporar los testimonios de los familiares de los rebeldes filipinos, recopilados en distintos viajes al archipiélago bautizado como la «Perla de los mares de Oriente» por el misionero jesuita Juan J. Delgado a mediados del s. XVIII. Así, el punto de vista de los descendientes de *insurrectos* como Norberto Valenzuela, Teodorico Molina, Felipe Angara o el propio Emilio Aguinaldo nos permite situar el eje de la acción también en el exterior de la iglesia y narrar lo ocurrido desde un ángulo complementario: la mirada de los sitiadores.

La narración —que sigue un orden cronológico para facilitar su lectura— está estructurada en seis capítulos. El primero resume el contexto social y político a finales del siglo XIX para situar a nuestros protagonistas desde su partida hacia Filipinas hasta el ocaso imperial en la batalla naval de Cavite. El segundo desgrana los primeros meses de encierro hasta el traumático fallecimiento del capitán Las Morenas. El tercero abarca desde la toma del mando único por parte del teniente Martín Cerezo hasta el estallido de una guerra anunciada entre los filipinos y sus libertadores norteamericanos. El cuarto capítulo indaga en los acontecimientos, dentro y fuera de la iglesia, durante los últimos tres meses de encierro y el desenlace del sitio. El quinto reconstruye el azaroso viaje de los supervivientes del destacamento a Manila y su embarque hacia Barcelona con destino a sus pueblos de origen, dispersos por toda la geografía española, mientras que el sexto nos lleva hasta el estreno, en 1945, de la célebre película que convertiría a los héroes de Baler en los últimos de Filipinas.

Sin duda, Baler encierra un código de honor universal, sin vencedores ni vencidos, que trasciende tanto la época y el lugar donde tuvo lugar el asedio como los simplistas sesgos ideológicos de

entonces y de hoy en día. El pragmatismo de aquellos hombres para aferrarse a la supervivencia, unido a su espíritu quijotesco para mantener la esperanza ante las adversidades, nos ofrecen una auténtica lección de vida. La apreciación de su ejemplo imperecedero sobre cómo mantener la dignidad en las derrotas y la humildad en las victorias convierten a la persona que comparte ese sentimiento en heredera de quienes protagonizaron el asedio de Baler. Ojalá este libro pueda contribuir a tal noble fin.

Jesús Valbuena

Agosto de 2021

CAPÍTULO I

ANTECEDENTES

DESDE FINALES DE 1896 HASTA EL OCASO IMPERIAL EN CAVITE

«Dios y España les perdonarán lo que hicieron, en atención a que lo hicieron sin saber lo que se hacían y obrando, no como individuos conscientes de sí mismos y autónomos, sino como miembros de una colectividad, de una corporación enloquecida por el miedo. El miedo y solo el miedo, el degradante sentimiento del miedo, el miedo y solo el miedo fue el inspirador del Tribunal militar que condenó a Rizal».

Miguel de Unamuno, epílogo a *Vida y escritos*
del Dr. José Rizal, de W.E. Retana

Al alba del miércoles 30 de diciembre de 1896, de camino hacia el paraje de Bagumbayán, a las afueras de Intramuros, José Rizal le dijo a uno de los jesuitas que le acompañaban en sus últimos momentos: «Perdono a todo el mundo y muero sin tener el más pequeño remordimiento contra nadie». Ante el pelotón, se negó a que le vendaran los ojos. Como era costumbre con los convictos por sedición, la ejecución tenía que ser de espaldas, pero se dio la vuelta en el último instante. A sus 35 años, moría el hombre y nacía el mito: el mártir de la patria filipina del que tanto ansiaban disponer los propagandistas del Katipunan.

La noticia de la ejecución de la sentencia fue transmitida por el general Polavieja, de forma sucinta, al ministro de Ultramar, Tomás Castellanos: «Pasado por las armas en el campo de Bagumbayán, sin que se notase el menor síntoma de que se alterara el orden, como algunos suponían, teniendo en cuenta la importancia del ejecutado»¹. También escribió una carta a su buen amigo, el abogado conservador Francisco Silvela: «Ayer se fusiló a Rizal, alma y vida de la presente insurrección. Se creía por muchos que no me atrevería con él, como si yo no tuviese que hacer otra cosa que sujetarme a cumplir el fallo de la Justicia. Rizal era el principal

¹ Carta oficial a Tomás Castellanos, ministro de Ultramar. Archivo del teniente general Camilo García de Polavieja, Archivo General de Indias, Sevilla. Sección de Diversos, legajo 29.

causante de la rebelión y tenía que caer. Si hubiera sido inocente nada hubiese podido temer de mí»².

Restaba aún un año y medio hasta el comienzo del asedio de Baler y otro año adicional hasta la capitulación del último destacamento del Imperio español, pero el reloj de la pérdida de Filipinas, tras casi cuatro siglos, se puso en marcha aquella mañana para siempre jamás.

El comienzo: José Rizal se reencuentra con el general Despujol

Apenas tres meses antes, el largo trayecto desde Manila había resultado tristemente extraño para el joven médico filipino, quien no alcanzaba a entender el rechazo que le mostraban prácticamente todos los pasajeros a bordo del vapor Isla de Panay. Esperaba que su petición de una plaza como médico de campaña en Cuba no solo le hubiera redimido del castigo de destierro impuesto cuatro años antes, sino que también hubiese demostrado a la opinión pública española, de una vez por todas, que efectivamente él no había sido el principal instigador de la revolución en ciernes en el archipiélago. Pero la fatalidad quiso que nadie pudiera detener ya la insurrección alrededor de Manila, ni que las autoridades españolas lo fueran a convertir en el chivo expiatorio que necesitaban para lanzar un mensaje ejemplificador a los revolucionarios del Katipunan. El diario *La Vanguardia*, en su edición del miércoles 7 de octubre de 1896, informaba con detenimiento sobre la llegada al puerto de Barcelona del doctor José Rizal:

A las cinco de la mañana de ayer, la lancha de Sanidad se dirigió al vapor-correo trasatlántico «Isla de Panay», llevando a bordo al teniente de la Guardia Civil señor Tudela y a una pareja del propio cuerpo.

Llegada la lancha al buque, subieron a bordo dicho oficial y guardias y se hicieron cargo del doctor Rizal, que fue trasladado

² Carta a Silvela, Manila 31 de diciembre de 1896, Ib.

ANEXO I
INFOGRAFÍAS



Barcelona

Port Said

Suez

Aden

Cebu

Singapore

Manila

España

Filipinas



- | | | | |
|---|-----------------------------|----|-------------------|
| 1 | Tribunal | 9 | Escuelas |
| 2 | Bahay Molina | 10 | Bahay de Lucio |
| 3 | Puerta principal | 11 | Camino a la playa |
| 4 | Cuastel filipino | | |
| 5 | Calle Cisneros | | |
| 6 | Plaza de los naranjos | | |
| 7 | Comandancia | | |
| 8 | Cuastel de la Guardia Civil | | |

ANEXO II
IMÁGENES

VAPORES PAQUETES
DE LA COMPANIA GENERAL DE TABACOS DE FILIPINAS



SERVICIO REGULAR MENSUAL
de **BARCELONA a MANILA** en **30 días**
CON ESCALAS EN
PORT-SAID, SUEZ, ADEN, PUNTA DE GALES Y SINGAPOORE

VAPORES DE LA COMPANIA

ISLA DE LUZON . . . 8.500	(incluido inglés de pimiento)	ISLA DE PANAY. 7.700	(incluido inglés de pimiento)
MINDANAO. 8.100			(en construcción.)

EL MAGNIFICO VAPOR DE GRAN MARCHA

ISLA DE LUZON

SALDRA
DE CADIZ PARA BARCELONA
EL 8 DE OCTUBRE.
Y DE
BARCELONA PARA MANILA

El 15 del mismo mes del 11 y 18 de Noviembre, como se indica anteriormente,
admitiendo carga y pasajeros para dichos puntos y escalas intermedias.

PRECIOS DE PASAJE DE CADIZ A MANILA:

PRIMERA. **1.725** pesetas. TERCERA. **665** pesetas.

Los señores pasajeros encuentran en esta expedición y hacen sencillos alojamiento, para estos vapores han sido construidos especialmente para el servicio a que se destinan. Hay baños y cuartos convenientes para que se aprovechen en las travesías que han de recorrer.

En CADIZ.—Delegación de la Compañía Transatlántica, ISABEL LA CATOLICA, Num. 3.
En BARCELONA.—B. Espall y C.
En MADRID.—Alcaza Morazan—Alcala, 10 y 20.

Cartel publicitario de la Compañía General de Tabacos de Filipinas (Biblioteca Nacional de España)



José Protasio Rizal Mercado (Calambá, 19 de junio de 1861 - Manila, 30 de diciembre de 1896)



Memorial al mártir Dr. José Rizal, Rizal Park, Luneta, Manila (archivo del autor)



Puerta principal de la iglesia poco después del asedio (autor desconocido)

Falco oeste de la iglesia poco después de la llegada a Baler de los norteamericanos en febrero de 1900 (US National Archives)



Puerta principal y flanco este de la iglesia tras la llegada a Baler de los norteamericanos en febrero de 1900. Aún puede apreciarse la trinchera española (US National Archives)



ANEXO III
TEXTO MANUSCRITO DEL
SOLDADO BUADES

El destacamento de Paler Historia del sitio

10

El 27 Junio de 1898 anunció el pueblo de Paler abandonado por sus moradores, prolongó del sitio, como pronto lo comprendió el bravo destacamento. Los habitantes de Paler se habían llevado en su ijero el baul del párroco, un padre franciscano llamado P. Candelio Gomez Carrino. El baul contenia la ropa del padre y 260 dinos el metálico.

Ademas, los moradores del poblado se llevaron la mayor parte de la ropa del destacamento, que este habia entregado para lavar.

Poco este ocurrió en la noche del 26 al 27 de Junio, que el P. Candelio, en prevision de posibles acontecimientos, habia pasado en la comandancia; á este, tal vez, debio de no caer prisionero.

Habría el comandante P. M. del distrito del Príncipe, capitán de infantería señor don Enrique de los Albornoz y Foz y el teniente señor don Juan Alonso Bayas, jefe del destacamento, el pueblo abandonado, comprendieron que no tardaria muchos dias en ser sitiado y se apresuraron para este caso.

Durante todo el dia la tropa se ocupó en trasladar los vivieres y almacenados en la comandancia, al convento, edificio este que reunia mejores condiciones de defensa, para el caso de un ataque. La tropa quedó, por, alojada en el convento, á donde se trasladaron tambien ciertos sacos de de palay que el P. Carrino habia comprado pocos dias antes á unos mercaderes, procedentes de (Munanganau) (Yupau) de donde iban á vender sus productos, por el mar, en bancas, á Paler.

No queriendo, sin duda, arrastrar las contingencias de los sumos que, indudablemente ya para el destacamento, iban á sobrevenir, desaparecieron este dia el esbo y sanitario indijenas Alfonso Luis Rojas y Tomas Paladio Pineda y el caradero Felipe Herrera Lopez.

La noche del 27 al 28 transcurrió sin novedad; al amanecer de este último dia el teniente señor don Saturnino Martín Lereas, 2.º jefe del destacamento, salió con 14 hombres á efectuar la descubierta, regresando poco despues al convento, sin haber en contacto al enemigo.

Al dia siguiente, 29, y con igual número de soldados hizo la

descubierta el teniente Alouso, sin otra novedad que la de
haber desertado el carador Melio Carrio. 2^a
El 30 volvió á salir Martin tambien con 14 hombres, á efecto
de la obligada descubierta; pero al llegar á unos cincuenta
metros del llamado puente de España, al este de la pro-
blacion, el enemigo, que estaba en los caños en el estero,
rompió toque de ataque de un cornetas un / metrero fuego
de fusileria sobre la pequeña columna; el teniente Martin
con su tropa, contestó á la agusion, y viendo que el ene-
migo trataba de en balverlos para interponerse entre ellos
y el combate y lograr el copo de la punta, ordenó la mani-
ada haciéndole oglecia, verificándose con el mayor orden y con-
duciendo al cabo Jesús Carrio que resultó herido grave del pie
izquierdo. Desde aquel momento quedaron sitiados los heri-
dos defensores de Malu. Esto ocurrio como es mas dicho antes el
30 de Junio de 1878.

Amasó el dia 1.º de Julio y todo el mundo en el
desta camento se preparo á resistir y rechazar los probables
ataques de los sitiadores. Federico Porras Luna y Cirilo
Gomez Ortiz, jefes de estos, en viaron un parlamentario, intiman-
do la rendicion, para evitar desian inútiles derramamientos
de sangre puesto que ya habian capitulado la mayor parte
de los destacamentos españoles y avisando que la guerra á sus
Ordenes constaban de tres compañías, con las cuales constaban para
á sacar al combate.

Rechazada la intimacion, la guerra del destacamento se
dedicó á abrir un pozo en el patio del coberto ya que no era
posible salir por agua al rio, pues entre este y la oglesia
estaban los sitiadores atrincherados aunque todavia débil mente.
Por fortuna, á los cuatro metros metros de profundidad se
halló en abundancia agua potable; el pozo quedó terminado
el dia 2. El dia 3 se construyó un horno para cocer el pan,
terminando sus atrincheramientos los sitiadores, en forma de redon-
del, y buscando la oglecia. Desde sus nuevas líneas de trincheras,
el enemigo rompió un fuego metrero sobre el desta camento, que
lo contestaba cuando creia seguro haver blanco, continuando cita

MÁS SE PERDIÓ EN FILIPINAS

Filipinas, 1898: el último destacamento del Imperio español está bajo asedio en la iglesia en Baler. La guerra está afuera, y la amenaza de la enfermedad, el hambre, la desertión y la locura, dentro. En este libro constan los hechos acontecidos en la lejana población de Baler entre 1898 y 1899, tal y como fueron narrados por los propios protagonistas, la prensa y los distintos testimonios procedentes de la época, pero también a través de los relatos y recuerdos de varios descendientes tanto de nuestros héroes como de los katipuneros que participaron desde el bando contrario. Jesús Valbuena, bisnieto del cabo García Quijano, uno de los 33 de Baler, cuenta esta trepidante historia épica, asombrosa hasta lo casi inverosímil, de resistencia, honor y delirio, cuyos ecos de *El corazón de las tinieblas* llevará al lector a ser testigo de las fortalezas y debilidades, el ingenio, la firmeza y la tenacidad, así como de las pasiones y compasiones de aquellos que pasaron a la Historia como *los últimos de Filipinas*.

«Jesús Valbuena ha escrito un libro extraordinario, perfectamente documentado, con una profundidad de análisis que demuestra su vasto conocimiento del tema y su gran admiración por los protagonistas de la historia que narra».

Inma Chacón

«No solo se trata de investigar y describir los hechos, sino también a sus protagonistas y sus valores. Una historia que merecía este libro de Jesús Valbuena»

Tomás Mazón



ISBN: 978-84-1339-083-3



9 788413 390833